

El Sujeto autobiográfico e identidad personal

The autobiographical subject and personal identity

Samuel Patiño Agudelo¹

Resumen

El presente documento es una revisión conceptual en torno a la noción de sujeto, mediante una indagación por sus modos de ser. Se inicia desde una mirada al yo como sujeto y fundamento de la subjetividad, y la auto-posición, e incluso la desaparición del sujeto es propia de su movimiento. Mediante el análisis documental se aprecia como la identidad personal y el sujeto se convierte nuevamente en fundamento de sí mismo y de su acción. En la identidad personal, se encuentra lo que para los contemporáneos, es pensable de ser objeto de conocimiento desde la formación moral y política del sujeto, cuando el individuo se hace consciente de sí y de su poder liberador como persona. En consecuencia, se señalan algunos tópicos de conocimiento en torno al sujeto, y que interesan de manera especial, en orden a perfilar algunas consideraciones particulares para la educación.

Palabras claves

Sujeto, subjetividad, autobiografía, identidad personal.

Abstract:

This document is a conceptual review around the notion of the subject by an investigation by the modes of being of the subject. It starts from a look at the self as subject and foundation of subjectivity, and the self-position and even the disappearance of the subject is its own movement. Through document analysis is seen as personal identity and the subject basis again becomes self and action. In personal identity, which is to contemporary, is thinkable to be an object of knowledge from the moral and political education of the subject, when the individual becomes aware of itself and its liberating power as a person. Consequently, some topics of knowledge about the subject say, and that interest in particular, in order to outline some particular considerations for education.

Keywords

Subject, subjectivity, autobiography, personal identity.

1. El sujeto en primera persona

La noción de sujeto deviene históricamente de pensar las potencialidades que haya dentro de cada individuo. Así, desde la antigüedad el hombre ha venido descubriendo que su interioridad es un escenario abierto a la experimentación y la reflexión constantes; por tanto, lo que somos lo descubrimos en las profundidades de un yo que se percibe asimismo tal como es... independiente incluso de las variaciones culturales.

Los comienzos de la percepción del sí mismo se remontan a Platón, cuando inaugura la razón como el “primer ordenador” del alma y del cuerpo, y de esta dualidad. Por su parte, Agustín de Hipona encontró al hombre interior. Para los estudiosos del sujeto, Agustín sentó las bases del lenguaje de la interioridad “la luz interna es la que brilla en la presencia ante nosotros mismos”, es decir, el individuo se constituye como una creatura, cuyo punto de vista en primera persona, se halla en sí mismo. Este punto de vista ha sido esencial en los posteriores desarrollos del sujeto durante la modernidad y en la época actual. De igual manera, estudiar la interioridad desde el lugar en que se sitúa el “yo pienso” cartesiano está, de alguna manera, dando paso a lo que la teoría de las ciencias ha denominado como el Sujeto propiamente dicho.

La noción de sujeto es, pues, la histórica batalla que ha mantenido la interioridad de los individuos por demostrar su propia razón, la de otras razones, incluso, para demostrar aquellas que sobrepasan al individuo y a sus propios razonamientos, como lo han sido las visiones teológicas, científicas, e incluso las visiones totalitarias de los gobiernos llamados democráticos.

¹ Licenciado en Filosofía Universidad Urvaniana de Roma. Magister en Educación Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia. Doctor en Educación Universidad de Salamanca, España. Investigador docente asociado Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Teología, Universidad Católica de Manizales, grupo de investigación Anthropos y grupo de Investigación Orión, ESAP, Caldas. spatinos@gmail.com

La experiencia primera que fundamenta al sujeto, tal como lo desarrollara el conocimiento tradicional, radica en reconocer la existencia como individuo a partir de la experiencia de pensarse en primera persona. Así, Agustín inventará el cogito, porque el punto de vista para la búsqueda de la verdad se halla en la primera persona. Desde Agustín y luego con Descartes, se determinará que lo verdaderamente fidedigno de toda experiencia proviene de la razón y por tanto, nada en la naturaleza es superior a la razón:

El yo para la filosofía, desde su nacimiento, resulta esencial en su unidad. Este yo, que se presenta como garante, en lo mínimo, de un preguntar, de una inquietud, de un afán por saber sobre lo no sabido –pues de otro modo no se entiende el porqué de la interrogación sobre aquello que se mantiene en el horizonte-, ha de ser conquistado por la acción de la razón; ha de ser por la acción de yo, aquel quien posee la razón (Uribe, 2009, p. 71).

Con este camino hacia dentro surge una forma de auto-referencia particular, un modo en que el yo se experimenta de manera diferente: el situar al comienzo de la subjetividad moderna el yo que se cerciora de sí mismo en alocución al tú de sí mismo, condujo al sujeto a saberse en el mundo y a ser receptivo a otros modos diferentes de ser sujeto. Así, por ejemplo, se destaca en los orígenes de estos tratados al sujeto cristiano, el sujeto escéptico, o el sujeto racional, el sujeto social, e incluso el sujeto político al que hace alusión Gianfranco Dalmaso.

Agustín, Montaigne, Descartes, sitúan la escena originaria de su pensamiento en un lugar de recogimiento, cada uno solo y sin ningún tipo de relación social. El sujeto, por tanto, no surge en contacto inmediato con el mundo exterior, sino que en principio, surge en un apartado lugar, allí donde el individuo se encuentra sólo y consigo mismo... Agustín estará en el huerto, Montaigne se retira a una habitación, Descartes se entre-tiene con sus pensamientos... y un aspecto común a ellos, y a estos orígenes, es que el objeto de la reflexión no tiene nada que ver con el mas allá, sino que los tres, persiguen el fundamento de sus pensamientos, sentimientos y emociones; fundamentos que finalmente encontraran mediante la autorreflexión del yo pensante.

De hecho, el pensar tendrá como objeto el fundamento racional de la ciencia moderna. Este yo que deviene razón, quiere conocimientos claros y distintos, con certeza y validez universal, y para hallar el camino a la verdad de los mismos, el yo personal tendrá que disciplinarse a sí mismo. De

este modo, la naturaleza como objeto de conocimiento, supone al sujeto superar las barreras del tiempo pasado y aferrarse al presente para su comprensión y dominio; pues solo aquí y en el ahora existe la certeza posible de ser alcanzada por un sujeto racional. Por tanto, el dominio del yo significó en la modernidad cartesiana, la primera gran separación del yo racional con respecto del propio cuerpo, dando al pensar la primacía sobre lo corporal; conocer, significa controlar, tanto la naturaleza como las pasiones humanas, pues es la razón quien dirige tanto la una como las otras.

Así como la modernidad descubre la soberanía de la razón y que ésta reside en el individuo, también descubrió que en muchas ocasiones, el yo se equivoca respecto de los verdaderos motivos de su acción. En tal sentido, la Ilustración descubrió, por decirlo así el inconsciente, en tanto que señaló el amor propio como el fundamento de todas las formas de comportamiento humano, pero que en ocasiones engaña y es inauténtico. Por tal motivo, “el yo no es sólo la sede de la razón, sino en gran medida la sede del autoengaño”. El amor propio es una instancia anímica que incluso se mueve en contra del propio yo. El sujeto, por tanto, no es solo obra del conocimiento y de la decisión racional, sino también de las pasiones, de los deseos y de los instintos; por ello es importante mantenerse en actitud de auto-análisis. De hecho, el deseo es lo que, en última instancia, inspira la perspectiva del sujeto a descubrir su naturaleza dialógica y creadora.

En los orígenes, y en los posteriores desarrollos de la noción de sujeto, va quedando claro que éste se expone de manera escindida, dividida, pues se presentan rasgos de esta dualidad:

- El sujeto se presenta como unidad corpóreo-espiritual
- Como razón que se pone a sí misma y que instrumentaliza tanto al mundo exterior como al propio cuerpo.
- Como un “yo” que ejerce dominio creciente sobre sí mismo, dando cabida a una diversidad de discursos epistemológicos con aplicación moral, política, social, religiosa, etc.

De ahí que los movimientos científicos y humanísticos nacidos en la modernidad, sugerían no reducir al sujeto a un único paradigma o fundamento epistemológico. Por tanto, la modernidad, hizo que el sujeto se colocara frente al objeto de conocimiento como algo autónomo que investiga el orden mecánico de la naturaleza, permitiendo emplear para sus propios fines las fuerzas allí descubiertas; para lograrlo, el yo se convirtió así mismo en instrumento de conquista de la misma razón.

Así, la experiencia de ser sujeto se había constituido en un problema esencialmente de conocimiento, por lo que habría descuidado su naturaleza existencial. Por esto, adentrarse en el sujeto, desde la mera razón, se tornaba en una experiencia de constante inseguridad; y el sujeto no puede estar sometido a la duda absoluta del método cartesiano. De hecho, el sujeto cartesiano, o de razón, se describe como una experiencia de crisis e inseguridad permanente a la que su fundamento no es ya la universalidad de la razón, sino la inconfundible especificidad del individuo como unidad corpóreo-racional.

Individuo que con Rousseau, aspira a una especie de universalidad, pero que únicamente, desde la sintonía consigo mismo le será posible liberarse de la mirada del otro, del autoengaño y de todo mal. Con Rousseau, el sujeto vendrá a reconocerse así mismo, él solo, de estar en posesión de la verdad y por tanto ha de buscar el reconocimiento como persona.

Bien vale la pena señalar aquí, que los autores previamente mencionados y otros como Pascal, desde una diversidad de puntos de vista pretenden plantear dos cosas fundamentalmente: el carácter racional del fundamento subjetivo, y el carácter racional del conocimiento. En todos ellos, se percibe que las razones justificativas de tales fundamentos provienen de sus escritos autobiográficos; así entonces encontramos, en todos ellos, que el carácter de sus obras guarda una estrecha relación de tipo confesional acerca de una experiencia personal: en Agustín se encuentran las Confesiones, siendo el logos divino el que inspira su conversión; en Descartes encuentro un método para obtener el conocimiento y unas reglas que ayuda a quienes lo practican a encontrar la certeza y la verdad de su existencia y del conocimiento deseado.

En ambos casos, y en otros como en los Ensayos de Montaigne, los Aforismos de Pascal, o en el proyecto autobiográfico de Rousseau, siendo todos de origen personal, tienen el carácter de ser una confesión pública. Sin embargo pareciera ser que dicha experiencia no sirviera a una tercera persona, pareciera que sus escritos, fuesen más bien como una parte más de su existencia.

Esto es importante de considerar ya que la experiencia autobiográfica, como primer recurso de la identidad personal, no es solamente la historia personal de un individuo, sino más bien, constituye la prueba irrefutable de la universalidad del sujeto a partir de una determinada manera de ver y comprender el mundo y su sí mismo.

Téngase en cuenta que las autobiografías nacieron como relatos individuales y personales, pero que posteriormente se convirtieron en discursos universalmente aceptados. Allí está precisamente la fuerza autobiográfica de un sujeto que trasciende su individualidad. Y esto era precisamente lo que pretendía Rousseau al determinar su propia identidad: universalizar al individuo, individualizando su universalidad.

Lo interesante de ésta percepción subjetiva, estriba en que el sujeto comienza por descubrirse en otro, dando cabida a la alteridad, yo soy otro; el sujeto se sabe diferente de todos los demás. La descripción que hace Rousseau, en la “reforma de la personalidad”, libro VIII de las Confesiones, ya habla de la “otredad” que el sujeto reclama para sí. Esta experiencia de ser sujeto-social es nueva, pues no es el resultado de una experiencia primaria, sino de un proyecto político que deberá tener consecuencias prácticas.

2. El Sujeto Autobiográfico

Desde Rousseau en adelante, la noción de sujeto, se convierte, más que en una confesión personal, en un argumento racional, en un tema de conocimiento que deberá ser reconocido y validado por otros. Sometido al juicio del gran público, el sujeto se convierte en argumento de texto social y político. “Los teóricos afirman no poder definir el género autobiográfico más que desde la perspectiva de lectores, en tanto en cuanto un texto autobiográfico no se realiza completamente hasta que la interioridad del lector no sale al encuentro de la intimidad del autobiógrafo que se halla fuera de sí, alienada, extrañada de sí misma, huida” (Puertas Moya, 2004).

Desde allí, el sujeto paulatinamente va dejando de ser una experiencia divina o de razón, dada en primera persona, para dar paso a la posibilidad de convertirse en sujeto social, en utopía, en posibilidad de ser un actor político. La utopía surge como respuesta al desmoronamiento del pasado, pero también a la angustia del presente vivido. Las historias, por ejemplo del concepto de juventud, se verá indicado este aspecto de manera más amplia, sobre todo en relación con una juventud, que presa de la experiencia vivida en la primera mitad del siglo XX, se sumerge en la posibilidad de vivir intensamente el presente, como también el de sembrar la esperanza de un futuro mejor.

En un texto, muy elocuente, en estas épocas y de gran influencia en la juventud escrito por Jean Paul Sastre, el autor se comporta como un ser extraño respecto de los pasados de su yo. En Sastre, el sujeto no siente ninguna solidaridad

con su pasado, ni siquiera con el que era el día anterior, casi presagiando la experiencia de nuestros jóvenes actuales.

El pasado permanece mudo, los lugares no dicen nada al sujeto, mas bien, permanece prisionero de su presente; el pasado por tanto, es tiempo de otros, de otras historias, de otras leyendas que poco a poco se convierten en fábulas. Y esto es muy significativo hoy día, ya que cuando el pasado aparece como algo en sí, como cosa de la que no parte ningún efecto modificador sobre el yo, las vivencias se tornan sospechosas de autoengaño, y al sujeto solo le queda abierta una dimensión temporal, el presente. Así que para escapar al sin sentido de la vida, y encontrándose solo con su proyecto de vida, el sujeto ha de ponerse una meta: hallar su identidad personal

Desde J. P. Sastre hasta Fernando Savater, se enseña que es en la escritura de la experiencia personal, donde el individuo encuentra su ser auténtico. La autobiografía obliga al sujeto a crearse y legitimarse a sí mismo. El diario personal, por ejemplo, muy en boga entre los adolescentes, constituye para estos, un lugar de independencia del mundo de los adultos, porque es allí donde se determina por completo el destino personal y el de sus personajes. El sujeto, dentro del diario personal crea un mundo sobre el que domina sin condiciones; aquí se tiene todo el poder de determinación en primera persona, aquí se legitima el poder de sí mismo sobre un mundo hecho a su medida y a su manera. El mundo real queda casi desplazado y sumergido en la fluidez autobiográfica del sujeto que lo escribe. En esto consiste la felicidad de un nuevo sujeto que opta por desvelarse en la escritura autobiográfica.

El sujeto que se descubre en la escritura autobiográfica experimenta la abundancia recursiva de lo posible, y el yo se aprecia como conciencia formadora: escribiendo se siente soberano de sí mismo, sé es feliz!. Allí se legitima el individuo; de hecho quien se legitima a sí mismo ha elegido el camino de la escritura. En este caso, legitimarse es perfilar una posición política frente a la vida. Sin embargo, la felicidad de la escritura no es duradera, está limitada al instante mismo de la escritura.

Decía pues que esta felicidad no es duradera, ya que la experiencia del sujeto ha quedado reducida al mero acto del pensar y de escribir, o también de escribir lo pensado. El sujeto va más tras la estructura gramatical y las figuras del lenguaje que de su propia experiencia. El texto así, se convierte en protocolo de la nueva experiencia de ser sujeto.

El sujeto como argumento lingüístico estaría por fuera de lo cotidiano, y se perdería por tanto, la conexión vida-escritura-vida; donde la vida sería a lo sumo, un momento de la escritura. El escritor se adentra tanto en la escritura que el sujeto se disuelve en las profundidades de la gramatología y en la morfosintaxis hasta el punto de que el sujeto-escritor, viviera, conscientemente su propia muerte. Reducir el sujeto al mero acontecimiento del lenguaje, es renunciar a todo proyecto de vida y de futuro, y a la única cosa que el sujeto-texto se podría aferrar que es precisamente a discutir la muerte del sujeto.

Al comienzo de los estudios acerca del sujeto, los autores coinciden en una frase muy recurrida: el sujeto ha caído en descrédito. Así, desde el giro hacia la filosofía del lenguaje, el paradigma de la filosofía del sujeto se considera obsoleto, ya que el sujeto se diluye en el lenguaje; y aunque hay autores que lo defienden, se habla también del retorno del sujeto. Es por ello que la mayoría de los paradigmas contemporáneos, incluso la teoría de la comunicación, la democracia como método, y la economía neoliberal se las arreglan sin sujeto. El paradigma del sujeto, según dicen, se encuentra agotado. Así entonces, para Jean François Lyotard, lo primero es el lenguaje; el sujeto es solamente una posición prevista en el lenguaje, a la manera de los primeros planteamientos de Roland Barthes; y para Manfred Frank, el sujeto es un ser singular autoconsciente, para éste, el lenguaje no es más que un medio de su interacción; como se observa la polémica entre estas corrientes está servida.

De igual modo, y no hace mucho tiempo, años 60s y 70s, se pensaba que a partir de la muerte del sujeto, con Sartre a la cabeza, se podría descubrir las claves del presente moderno. De todos modos, la cuestión del sujeto, remite a procesos o bien naturales, o bien mecánicos, pero no históricos; no se trata por tanto de un proceso datable de algún modo, como indica en sus comentarios el mismo Taylor (1996), sino de una transformación en curso del posicionamiento del individuo respecto de una época, o de una historia, en este caso la moderna. El sujeto, ha dejado algo tras de sí, la huella que remite a él mismo, por lo que aún, nos es presente el sujeto, solo que ya no como un esquema, libre de contradicción, del orden de nuestra relación con el mundo y con nosotros mismos, sino como un esquema fracturado en sí mismo.

Entre los términos claves de la postmodernidad es tal vez el de la muerte del sujeto el más inquietante, pues parece poner en tela de juicio eso de lo que más dependemos todos: la Identidad de nuestro yo. Por ello, han saltado a

la palestra pública defensores de lo mismo; incluso se dice que constituye un argumento a favor de la educación, en la medida que sirve para recuperar la perspectiva natural y básica del marco antropológico en el que se debería mover la pedagogía.

Ahora bien, después de haber profundizado en los autores señalados, Charles Taylor no desarrollará una historia de la subjetividad como lo hiciera Peter Bürger, pero sí construye el sujeto desde la historia de la moral como decía; desde allí, descubre la manera como el sujeto mismo se construye en el tránsito y en su devenir como individuo, procura hacer una genealogía del yo hasta encontrar el problema crucial del sujeto en la actualidad, cual es: develar el conflicto del sujeto instrumentalizado, y por el otro no perder los principios adquiridos en la modernidad: El humanismo, la libertad y la bondad universal.

3. El Sujeto e Identidad Personal

Sin más pretensión que la de anotar su relación, indicaré a continuación algunos rasgos fundamentales del sujeto, que para la composición de este aspecto, y con miras a encontrar un punto de llegada, bien pudiera ser de suma importancia. Si bien no es posible acercarse al sujeto, tal como se concibió anteriormente, tal vez sea posible hoy día, plantear la noción de sujeto bajo la perspectiva de la identidad personal. Aspecto en el cual, al parecer, se viene adentrando más de lleno la educación en la actualidad.

Es decir, el sujeto, el individuo personal, la identidad personal no se construye desde arriba: universos metafísicos o desde adscripciones a partidos o Estados y menos a ideologías como gigantescos fantasmas; por el contrario, la subjetividad se construye desde abajo como el elemento más simple y común de la sociedad, o de la especie: en ciencia y tecnología sería el átomo, en educación será el individuo; cuestiones relativas al sujeto, a las que Susan Greenfield se pregunta en estas épocas de cambio. Este es el reto de la sociedad contemporánea. Es la identidad personal, la culminación de una sociedad pensada, entendida en su acepción más plana: un aumento incesante de la capacidad descubrirse a sí mismo.

La construcción de la identidad personal, reorganiza la noción de sujeto en la medida que es un proceso eminentemente dinámico, es un movimiento que se dirige hacia la independencia en todos los órdenes, hacia la individuación, al cuidado de sí; pero al mismo tiempo, ello no es posible sin la participación de los otros. La identidad

personal, como proyecto, tiene sentido en la medida que el sujeto se implica en la realización de un proyecto socio-cultural, y por tanto se convierte en un proyecto de responsabilidad política.

Aquí, no me refiero a reavivar el debate convencional del Ser y el deber ser, no me refiero a obligaciones o prescripciones del individuo, sino a fines, a desafíos cívicos y ciudadanos, a valoraciones socio-culturales que se adquieren a través del desarrollo de competencias individuales y saberes articulados que establecen el vínculo esencial de la identidad personal del sujeto. La competencia, por ejemplo, es una idea de adaptación relacional, de interacción con el medio, imprescindible para el desarrollo humano. La competencia es un rasgo individual, es un vínculo entre el individuo y determinados comportamientos; ese entramado de rasgos, siguiendo a Taylor, constituirá una especie de yo competente encargado de la organización y mediación de las acciones a través de un amplio repertorio de tareas y de roles configurador de la identidad.

Hugo Zemelmam, llama a esta tarea “necesidad de conciencia”. Con rasgos propios y característicos del entorno latino, Zemelman concibe el sujeto como el estar-siendo permanentemente, porque reconoce que allí existen los elementos que le confiere al sujeto su inestabilidad de riesgo y de futuro. Esta situación, le permite al sujeto, identificar los determinismos culturales y sociales, al mismo tiempo que, situado en lo indeterminado, pero abierto a nuevas posibilidades, lo que conduce a esclarecer un poco más el concepto de cultura; el estar-siendo, es como encontrarse entre la angustia incierta de futuro, y la apertura que contiene el presente potencial de nuevas posibilidades de realización humana.

Este es, para Zemelmam, el meollo de la cuestión del sujeto, que construye su subjetividad en los márgenes y en las fronteras de lo geopolítico y de una teoría pura y dura. Así, la institución educativa provee de sentido vital el carácter biopsicosocial del sujeto, pero además, brinda los recursos para constituir ese sentido por sí mismo; de allí que la imaginación radical, como premisa de autofundación y autocreación está sugerida también, como recurso auto-creador de los sujetos, desde la estrategia de superación instrumental de las lógicas funcionales de la sociedad y la cultura. Así lo plantea Castoriadis

(...) la imaginación radical del ser humano singular puede convertirse en fuente de creación en el nivel colectivo y social...la institución primera de la

sociedad es el hecho de que la sociedad se crea así misma como sociedad, y se crea cada vez más otorgándose instituciones animadas por significaciones sociales específicas de la sociedad considerada... (Castoriadis, 2002, p. 124).

De allí que no existe un modelo ideal de educación que podamos copiar o imitar; a cada sociedad le toca crear su propio orden educativo y lo que ella demande. La clave está en rectificar una educación común y corriente centrada en disciplinas, a una educación transversada por las expectativas, capacidades e intereses de los sujetos.

4. A Manera de Conclusiones

La indagación acerca de la identidad personal nos sugiere una profunda reconceptualización, una permanente reorganización conceptual y compleja del conocimiento educativo que va más allá del simple traslado del punto de vista autocentrado de la educación tradicional, y abrirse a la perspectiva heterocentrada del sujeto que se construye con los otros; y entender, finalmente, que el sujeto, en realidad es el mero producto de los contextos socio-culturales e históricos en los que se halla inmerso. Así se reconoce, que uno de los temas estrella de la actualidad es sin duda la formación del sujeto; sin embargo, el horizonte de trabajo que corresponde a la educación plantea, además, la necesidad de superar las reflexiones que sobre el sujeto han incurrido en la educación.

Es decir que la preocupación por el sujeto desde la educación es doble: por un lado encontrar las claves de comprensión de la crisis del sujeto desde la reflexión educativa, y por el otro, comprometer la crítica educativa en orden a recuperar el objeto de estudio de la educación y apuntalar un discurso pedagógico del sujeto acorde con las finalidades humanas.

Finalmente es importante resaltar, la importancia de profundizar en los estudios en educación para comprender la crisis del sujeto, importancia que también radica en el análisis del contexto de la incertidumbre que viene produciendo la desregulación de las ciencias y las disciplinas en todos los campos de estudio, dando cabida a un abanico de discursos y posibilidades explicativas y comprensivas de la cuestión del sujeto.

Tal parece que los argumentos más esclarecedores sobre el estudio del sujeto, se expone en los autores, dada la continuidad de un esquema riguroso por conectar oposiciones extremas, donde se percibe el entretejido conceptual del sujeto. En tal sentido que no existe una sola experiencia, ni tampoco una definición de sujeto como tal, lo que sí es evidente, es que su configuración es producto de la historia y de los universos culturales, por tanto, permanentemente se reinventa al descubrir nuevas potencialidades, como también es evidente que la discusión posmoderna, está llamada a superar esa inevitable crisis del sujeto moderno heredado.

Lista de Referencias

- Agustín de Hipona (1969). *Confesiones*. Madrid: Editorial Edaf.
- Bürger, Christa y Bürger, Peter (2001). *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid: Editorial Akal.
- Castoriadis, Cornelius (2002). *Figuras de lo pensable*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Cubides Cipagauta, Humberto (2006). *Foucault y el sujeto político*. Bogotá: Editorial Siglo del hombre. Universidad Central de Colombia.
- Dalmaso, Gianfranco (1978). *El pensamiento enjaulado*. Madrid: Editorial Encuentros.
- Descartes, Rene (2007). *El discurso del método*. Madrid: Editorial Akal.
- Frank, Manfred (2012). *¿Qué es el neoestructuralismo?* México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Greenfield, Susan (2009). *¡Piensa! ¿Qué significa ser humano en un mundo en cambio?* Barcelona: Editorial BSA.
- Louis-Jean, Calvet (2001). *Roland Barthes. Una biografía*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Liotard, Jean-Francois (2006). *La condición postmoderna*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Mangabeira, Unger Roberto (2009). *El despertar del individuo. Imaginación y esperanza*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Monfort, Juan Manuel (2010). *Conversaciones sobre filosofía de la cultura*. México: Editorial El árbol.
- Montaigne, Michel (1912). *Ensayos*. Vol 2. Alicante: Editorial Universidad de Alicante.
- Nebreda Requejo, Jesús José (2003). *La disolución del sujeto moderno o la fábula del mundo verdadero*. Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Pascal, Blas (1984). *Pensamientos*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Puertas Moya, Francisco Ernesto (2004). *Los orígenes de la escritura autobiográfica*. La Rioja: Editorial Serva. Universidad de la Rioja.
- Rousseau, Jean-Jacques (2013). *El contrato social*. Barcelona: Editorial Herder.
- _____. (2008). *Las confesiones*. Madrid: Editorial Alianza.
- Sartre Jean Paul (1987). *Cuadernos de guerra*. Barcelona: Editorial Edhasa.
- Savater, Fernando (2003). *Mira por dónde. Autobiografía razonada*. Madrid: Editorial Taurus.
- Steiner George (2007). *Lecciones de los maestros*. Bogotá: Editorial Siruela.
- Taylor, Charles (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Editorial Paidós.

Zemelmam Hugo (2003). *Necesidad de conciencia*. Barcelona: Editorial Antrhopos.

_____. (2005). *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*. Barcelona: Editorial Antrhopos.

Uribe, Juan Manuel (2009). “¿De quién se habla?”. En *El sujeto contemporáneo: una perspectiva analítico-filosófica*, 71ss. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Referencia

Samuel Patiño Agudelo, “El sujeto autobiográfico e identidad personal”, revista *Ideales*, Ibagué, Universidad del Tolima, Vol. 1, 2016, pp. 84 – 91

Fecha de recepción: 02/07/2015

Fecha de aprobación: 10/11/2015

Volver al Contenido